

Alberto Ekonen, ingeniero en Petróleo

“De no haber estudiado Ingeniería en Petróleo hubiese sido marino”

Nació en 1923 en Negritos, cerca de Talara, en Perú. En 1949, Alberto Ekonen terminó sus estudios de Ingeniería de Petróleo en la Facultad de Petróleo de la Universidad Nacional de Ingeniería (UNI), en Lima, Perú. Viajó a la Argentina en 1950 con una beca de seis meses de YPF y se quedó para siempre. Lo que sigue es un relato de su historia plagada de innumerables anécdotas y recuerdos.



El apellido Ekonen, originalmente fue Ikonen. Se lo cambiaron a mi padre por Ekonen cuando llegó a los Estados Unidos.

A los Ikonen se los encuentra en menor cantidad que los Ekonen en Suomi. Se aglutinan en un clan (Ikonen Sakuseura) muy singular que se reúne periódicamente –nunca dicen cuándo ni dónde– por temor a ser contaminados o probablemente a no ser bien recibidos. En realidad, cuando el vecindario sabe que andan por ahí, ya es tarde, pero las chicas locales la pasan bien.

María y Oscar Secco viajaron a Finlandia y fueron recibidos por Sari Ekonen, amiga nuestra. Tratados a cuerpo de finés, los atiborraron de salmón y bebieron cerveza hecha por Pekka, marido de Sari. Invitados al sauna unisexo, María encontró por ahí una revista y disimuladamente se quedó afuera. Me imagino que ya tendrán idea de lo que hizo Oscar, quien recuerda el hecho riendo.

Mi familia está formada por mi mujer Eva, nuestros hijos Christy y Ulrik, seis nietos en la Argentina y tres nietas con cuatro bisnietos en Perú, de un primer matrimonio. Tenemos un montón de amigos y muy pocos desconocidos.

1923

Tengo 83 años y soy peruano, nací en Negritos, campamento de la IPC a pocos kilómetros de Talara. Desde muy chico correteaba con otros muchachos entre centrales de bombeo, equipos de perforación y extensas explanadas pobladas de estibas repletas de tubos del más variado diámetro y uso. Recuerdo haber visto en Talara como adorno de jardín, y Eduardo Rocchi también las vio en algún momento, a una de las bateas de fundición empleadas durante la Colonia (1530 en adelante) para evaporar petróleo en procura de obtener asfalto. Este subproducto llamado *cope* durante el Incanato, se obtenía empleando tinajas de arcilla.

1945

Al término de mis estudios secundarios me presenté al muy exigente examen de ingreso de la Universidad Nacional de Ingeniería (UNI) y me bocharon sin misericordia. Éramos más de mil candidatos y el cupo era de cien vacantes. Al segundo intento, en 1945, convertido en Cachimbo y con el pelo rapado (ceremonia de iniciación) pisé los claustros de mi querida UNI. Fui el primer presidente del Centro de Estudiantes de la Facultad de Petróleo. Terminé los estudios en 1949 y en 1950 viajé a la Argentina becado por YPF para trabajar seis meses en Comodoro Rivadavia. Al término de la beca me ofrecieron trabajo y me quedé aquí.

1950

Entre 1950 y 1963 trabajé en la Compañía Ferrocarrilera de Petróleo SA (Comferpet), más tarde, Petroquímica EN (PEN). De ingresante a un turno en la refinería de km 8 ascendí a jefe de Explotación. Gerente de la Empresa fue J. P. Senior, británico, con cara de haber sido macerado en té y de gran empuje, muy justo y emprendedor. Lo recuerdo con cariño y admiración. Senior introdujo en la Argentina el método de perforación *Rotary*, el método de cementación *Halliburton*, la primera aplicación de recupera-



Alberto Ekonen

ción secundaria por inyección de agua con rastreadores de color y probó la inyección de gas inerte a la formación. Construyó la planta de cemento. También le permitió a un tal Hultgren, empleado de la empresa, sembrar alevinos de arco iris en el lago Fontana. Inició también el laboreo de una mina de blenda y pechblenda al oeste de este lago. Todo esto antes y después de la nacionalización de las empresas extranjeras, luego debió sortear la burocracia de la Dirección de Industrias del Estado (DINIE).



Pozo PC 49

En la década de 1950 perforamos en Escalante (G) y Pampa de Castillo (PC) los primeros cincuenta pozos por contrato con YPF.

Fui profesor de Matemática en la Escuela Fábrica de la compañía, que producía torneros, carpinteros, electricistas, pero ningún petrolero, pese a que la actividad principal era producir petróleo. Gestioné e introduje la especialidad de Petróleo. Los inscriptos fueron cuatro. El mejor alumno de la primera promoción petrolera comenzó a trabajar conmigo en Perforación como “aprendiz”. No pasó mucho tiempo y ya estaba programado su ascenso a segundo jefe de Perforación, pero la llegada de Lofland Brothers y luego Panamerican Argentina Oil Co, más tarde AMOCO, le abrieron sus puertas y hoy, José Luis Pérez –o Pepe, como le decimos en mi familia– comenzó una carrera que aún continúa con gran éxito. José pescó su primera trucha Arco Iris en el río Senguer, cuando regresábamos de una excursión de pesca organizada por Juan del Río, subadministrador de Comferpet, Juan Carlos Rosi y nosotros dos. Hasta ese momento no había pescado nada y en la curva de Cabeza de Vaca le dije al Negro: “Pará, pará que José pesque su trucha”. Allá fue corriendo barranca abajo, y con su caña que parecía un poste de telégrafo tiró la cuchara y lentamente, nervioso y empecinado, recogió. No quitaba los ojos del agua, hasta que saltó el iridiscente pescado. Tal fue su preocupación de no perder su primer trofeo que arrancó a toda carrera cerro arriba y seguro ya de tenerla afuera detuvo su marcha, recogió la línea y desenganchó. Llegó a la *currier* y no se pavoneó. En su vida privada se distingue ahora por su pasión por la náutica y pesca de altura, y por su inacabable y envidiable admiración por el bello sexo. Manuel Ríos, inolvidable también, fue mi primer jefe en la refinería y luego administrador. Tuve la suerte de recibir a Raúl Fasciolo cuando ingresaba a la industria del petróleo.

El oficio se roba. Cuando era jefe de Producción de Comferpet, al revisar la lista de las próximas jubilaciones encontré que la de Juan “Rumano” estaba por salir en un par de meses. Su función la cumplía hormigonando bases para aparatos de bombeo. Mandé a Serafín Pérez para que le ruego venir a la oficina. Fue la primera vez en su vida que



Pesca de barras de sondeo

alguien lo llamaba a la oficina. Serafín Pérez, capataz de Producción, le habría dicho: “Juan, vaya a la oficina de Producción que el ‘Chamaco Grande’ lo quiere ver”. (Años más tarde, Julio García Quiroga me cambió el nombre por Sueco o Puma.) Juan llega con la gorra en la mano, tendría

unos sesenta años, petisón y un poco grueso de cuerpo, cara redonda, los pocos pelos rubios que le quedaban, casi blancos, caían en su frente, la mitad de arriba blanca que contrastaba con el rostro quemado por el sol. Estaba muy nervioso. No quiso tomar asiento. “Está bien así”, dijo, en su castellano mal aprendido. Le dije que antes de retirarse jubilado era necesario que entrene a alguno de los muchachos que trabajaba en su cuadrilla. “No”, dijo muy serio, para luego agregar: “El oficio se *ríba*”. Quiso decir el oficio se roba.

En buen romance, la empresa no tenía un plan de entrenamiento. Los viejos “cuidaban” su trabajo y los recién llegados, haciéndose los desentendidos, de reojo aprendían el oficio: lo robaban.

Otro caso de robo de oficio se me dio en Perforación. Teníamos una gran cantidad de trozos de cables de 5/8” empleado para “pistonear o cucharear”. Le pedí a Rodolfo Kenar, “Chamaco Chico”, capataz de Perforación, que viera si entre la gente de Perforación o Producción habría alguien que supiera empalmar, “coser” cables. Volvió con un español medio entrado en años y muy canchero en el tema. Supongo que las artes de la cabuyería las aprendió de mozo allá por las rías gallegas. También me dijo algo parecido a lo dicho por Juan. No quiso enseñar su oficio. De inmediato arreglé en YPF para que dos de nuestros muchachos fueran a aprender lo fascinante de esta técnica. Para allá fue José Luis Pérez y “El Gordo” Torrecillas. Regresaron convertidos en expertos empalmadores, les regalaron las agujas adecuadas a cada diámetro y hacían empalmes lisos y de los otros más fuertes. Había uno de nombre “empalme California”. Creo, sin equivocarme, el único “capo” de la industria petrolera que sabe empalmar cables es el primero de los nombrados.

1963

Al poco tiempo, entre 1963 y 1965, me asocié con el Agente de ESSO SAPA y gané mucho dinero vendiendo lubricación a todas las empresas petroleras que actuaban en la provincia de Chubut. Amoco fue uno de mis clientes y Ricardo Cordiviola, su gerente. Se aproximaba Navidad y mi socio Agustín Martines (Bigote) insistió –pese a mi negativa– en regalarle a Ricardo una botella de whisky acompañada, por supuesto, de una conceptuosa tarjeta. Casi de inmediato apareció Daniel Eloff en el coche negro de la gerencia, se apeó y blandiendo una de sus mejores sonrisas se acercó a la puerta paquete en mano. Agustín no salía de su asombro cuando Daniel nos entregó de vuelta la botella de marras acompañada de una carta agradeciendo la intención y sermonando sobre las estrictas reglas de la empresa en lo que se refiere a regalos, coimas y otras pecaminosas prácticas. Me sentí molesto, porque además de ser proveedor de Amoco y de muchos otros era amigo del incorregible Ricardo. Decidí hacerle pasar un mal rato y me encaminé a la casa Gorch y le pedí al dueño que envolviera un sonoro cohete que le entregué dentro de una elegante cajita envuelta con papel membretado “Casa Gorch”, y fui a las oficinas de este pulcro amigo. Subí las escaleras y la secretaria de gerencia, prima ella de Luisito del Puerto, recibió el “comprometedor regalo” con apariencia de joya y se lo entregó con una tarjeta mía. ¡Silencio sepulcral! Displaciente y enojado sacudón, rotura frenética del papel y carcajada final. Salió todo colorado riendo todavía e insistió en invitarme a comer a lo de Raúl

en la Tranquera, atendidos por Pepe, aquel delicado y muy profesional “mozo”.

Dos años más tarde, a instancias de Sunny Salamanca, Rafael Cullen, me incorporo a South American Enterprises of Argentina (SAEA), una de las empresas de Tinsa SA. Trabajamos en Inspección no destructiva de tubulares, y gas *lift* en Cañadón Seco, previa y exhaustiva explicación a Teófilo Sánchez del novedoso método. Para hacer gas *lift* hay que calibrar en banco las válvulas según la profundidad a la que se adosarán a la columna de bombeo. Nuestro método (Udel) calibraba cada válvula *in situ*, mediante un elegante juego de presiones en boca de pozo. Al Negro le gustó la idea pero al operador del área no, porque él cobraba por su intervención de cada pozo y los que entrarían en gas *lift* quedarían fuera de su facturación. Gas del Estado también bloqueó la iniciativa a través de un señor de apellido Cassola, quien cuidaba el uso del gas que debía ser bombeado a Buenos Aires.

1970

En 1970 fui tentado por Aristeo Rapallini para ingresar como gerente de Operaciones Especiales Argentinas (OEA) en Comodoro Rivadavia. Trabajamos para las compañías petroleras haciendo inspección no destructiva de tubulares y barras de bombeo. En dos años inspeccionamos, limpiamos y organizamos la playa de materiales de Cañadón Seco. YPF recuperó mucho material en buenas condiciones de uso. En el campamento de Amoco OEA tuvo un taller de reparación de bombas de profundidad y la provisión de repuestos. También operamos un sector de mediciones físicas. En esta etapa, todo el personal a cargo de dos extraordinarias personas, Daniel Murcia y Miguel Ruiz López, recibimos jugosas bonificaciones gestionadas por Walter Gerold, gerente de OEA.

El ambiente entre el personal era distendido y jovial, herencia tal vez dejada por mi antecesor Tommy Gordillo, que fue transferido a Neuquén. El personal de Inspección no

destructiva de barras de sondeo tenía sus bases de operación en todas las sucursales y cuando era necesario se “prestaban” los operadores, cuando el trabajo apuraba. Todo este movimiento de gente lo manejaba J. J. Camaño y todos los muchachos se candidateaban siempre para



Con Eva Ekonen y Raquel Fasciolo

ir a Tartagal para darle una mano a Aníbal Cruz. Las recordadas bromas entre ellos me hacen suponer ahora que fue una broma de recién casado la que sufrió Jorge Perelló, que decía ser igual al cantor de tangos Lavié. Contrajo matrimonio en Comodoro Rivadavia y se tomó unos días de licencia para su “luna de miel”. En eso estaba Jorge, creo que en el tercer o cuarto día de su relación sideral, cuando J. J. Camaño –siempre urgente– llama por teléfono de Neuquén y pide con urgencia la presencia de Jorge en Tartagal. Alguno de los muchachos de la oficina salió en su búsqueda mientras se gestionaban los pasajes para el viaje a la tropical sucursal. Algo le adelantaron del viaje al recién casado porque apareció

en una camioneta a cuyo volante venía la furiosa mamá de Jorge, quien consolaba a la compungida y llorosa novia. Acompañado de las mujeres hechas un llanto, Jorge con cara de preocupado “mielero” se enteraba de las urgencias transmitidas desde Neuquén. Cumplidor como siempre, viajó al edén tropical de los operadores de OEA.

A partir de 1963 nos instalamos en Diadema. Allí nuestros hijos gozaron de la quietud de las calles y de la compañía de innumerables amiguitos que se cruzaban de casa en casa. Nuestra hija Christy, a poco de llegar, incorporó a su léxico todo, o casi todo el inventario de malas palabras que las hijas del Pato Pereyra manejaban con soltura y buen humor. Con Walter Schmale hacíamos un *pool* para llevar a las niñas al colegio que mister Fida dirigía en la ciudad de Comodoro Rivadavia. Tal parece ser que la inclinación de las niñas Schmale a la ciencia, orientadas –estoy seguro– por Walter, las indujo a cazar un “pichi” adulto y bien alimentado. Decidieron llevarlo al colegio durante mi turno y cómodamente instalado en una caja de cartón quedó a los pies de las pasajeras. En esos días, el camino aún estaba en construcción y los baches se sucedían uno tras otro. Las frenadas y los cambios de dirección asustaron al animalito, quien se liberó de su cárcel y comenzó a corretear dentro del Falcon, para diversión de mis acompañantes. El susto, las frenadas y los cambios de dirección afectaron el GPS interno del amenazado *dasipódido* y ahí comenzó el jaleo. Vómito acompañado por doquier por excretas abundantes, pestilentes y semisólidas obligaron a las amantes de la naturaleza a bajar vidrios y cruzar las piernas sobre el asiento trasero. Entramos a la ciudad oliendo a camión con acoplado transportando vacas. Entregadas las niñas en el colegio con pichi y todo me fui hasta la estación de servicio de Rodrigo para recuperar las condiciones anteriores del Falcon.

1972

En 1972 Rapa me dijo: “Alberto, Walter quiere que vayas a trabajar a Buenos Aires para hacerte cargo de las sucursales”. Durante una semana cabildeamos con mi mujer y finalmente aceptamos el reto. Allá quedaron mis suegros en la estancia “El Cantao”, sin el apoyo de Eva. Don Tomás Anderson y su esposa, doña Aurora Buist, vivían en el campo a cuarenta kilómetros al sur de río Senguer y 370 kilómetros al oeste de Comodoro Rivadavia. Campo frío y nevador en el invierno, soportaba siete mil animales Merino de esquila y unos dos mil corderos. Nosotros pasábamos nuestras vacaciones anuales con ellos y don Tomás se empeñó en transmitirme su experiencia, mientras que la señora Anderson pulió mis modales y mi pronunciación del inglés. Durante una señalada –que es cuando se cuentan los corderos nuevos–, don Tomás, como quien no le da importancia a la cosa, me preguntó si sabía capar a diente.

“No”, respondí, mientras pensaba en tijeras y apretados anillos de caucho.

Ahora sé hacerlo y para que no se pierda el folclórico procedimiento y la cosa quede en familia, le enseñé la técnica a mi hijo Ulrik, que supongo será uno de los pocos agrónomos que lo hagan.

Mis amigos petroleros, tan entusiasmados con los asados de estos jóvenes ovinos, quedan informados de mis habilidades para cuando se presente la ocasión.



Cincuentenario de la promoción 1949, UNI, Lima, Perú

Ricardo Cordiviola dictaba la cátedra de Producción y yo la de Perforación en la Universidad San Juan Bosco de la Patagonia. Tuve cinco alumnos. Dos se destacaron, y son Antonio Koharich y De la Cámara. Aún tengo entre mis papeles algunos exámenes de estos notables profesionales. El examen final era sobre todo lo dictado. Capítulo tras capítulo.

Varios / Política

1945

Me califico como zurdo de los de antes. En 1945 ingresé al APRA, partido político peruano de izquierda y clandestino en esos años. Milité en la Juventud Aprista Peruana, JAP. Vuelta a la efímera legalidad, en 1946 fui secretario nacional de Organización de la JAP. En 1948, manotazo de por medio, se inicia la dictadura del general Manuel Odría. El 15 de junio de 1949 caí preso y fui confinado seis meses en la cárcel del Frontón, ubicada en un peñón al sur de la isla San Lorenzo, por ser agitador estudiantil. La población carcelaria se componía de obreros, dirigentes sindicales, soldados y marineros, estudiantes, diputados y senadores.

Fui un agitador para protestar por la muerte de dos muchachos frente a la Facultad de Ingeniería de la UBA.

Ahora, sin militancia alguna, me ubico a la derecha del centro. Los errores en Cuba y otros me hicieron ver el error de las izquierdas. Pese a eso, los recuerdos de mis elegantes clandestinidades aún hacen palpitar mi corazón.

1965

Fui rotario durante treinta años. En 1965, el Rotary Club de Comodoro Rivadavia organizó su primer club ahijado en Diadema, campamento de Shell CAPSA. Fui su primer presidente y en mis constantes viajes a Cañadón Seco organicé el club de Caleta Olivia, y éste a su vez, organizó el de Pico Truncado.

1970

Acampando. Desde muy pequeños, nuestros hijos entraron en contacto con la vida al aire libre. Nuestras vacaciones anuales las pasábamos entre El Cantao, campo de mis suegros al sur de río Senguer y los lagos de Esquel, en donde acampábamos primero en dos carpas, luego en un acoplado arrastrado por nuestra camioneta doble cabina. Allí aprendie-

ron a limpiar el lugar antes de armar el campamento y a limpiarlo al salir. Aprendieron a hacer fuego, a mantenerlo y a evitar su propagación. Aprendieron a pescar y a comer el pescado crudo, también a salar y ahumar la pesca. Pasó el tiempo y abandonamos los campamentos a cambio de hospedar en El Quemí Quipan, muy agradable hostería de gente muy amiga. Allí nos desplazábamos por el lago en una lancha con un motor de 35HP. Aprendimos a pescar con mosca. Al ser transferidos a Buenos Aires no encontramos ningún lugar para acampar como lo hacíamos en el sur.

1974

Comenzamos un curso de navegación a vela en la sede náutica del club de YPF. Tuvimos dos barcos, un H 20 de nombre Calipso y después compramos un Peterson 26 bautizado Madai por madre, *dady* e hijos. Echamos muchos bordes y fondeamos en la barra de San Juan y en Colonia, Uruguay. Pasó el tiempo, los chicos se casaron y vendimos el Madai. Seguí, pero con la navegación teórica, primero me recibí de patrón y luego de piloto, después de un año de clases semanales en la delegación de la Prefectura de Olivos. Para el examen final, la clase 20 se dividió en dos "trozos", el mío embarqué en el petrolero La Plata y navegamos hasta Comodoro Rivadavia, siguiendo las alternativas de "cubierta" bajando estrellas. Gracias a este curso estoy habilitado a despachar un velero deportivo a cualquier lugar del mundo. Ahora ya no puedo navegar porque mis ojos se niegan a diafragmar lo necesario para evitar que el sol me encandile. Pero sigo navegando, porque ahora escribo algo sobre el tema.

En ocasión de un viaje al lago Futalaufquen con José Antonio Estévez, Sony Salamanca, el Chano Fúnes y algún otro más, hablamos entusiasmados con el primero de los nombrados sobre las aguas de este lago y su navegación. José Antonio creyó que yo tenía mucha experiencia en el tema y yo creí lo mismo de él. Mi primera lancha, tal vez bote o, mejor aún, un "pequeño chinchorro", construido por mi amigo carpintero José Mari según los planos de *Mecánica Popular* e impulsado por un motor fuera de borda de 12 HP fue con nosotros al lago. Al segundo día de nuestra llegada salimos del hotel Futa Laufquen y embarcamos en mi bote en puerto Limonao con el tanque reglamentario de veinte litros. En la caja de herramientas teníamos de todo, incluso una gran cantidad de chavetas fusibles para la hélice. Navegamos bordeando el margen sur y doblamos la "Punta Brava", lugar ventoso e identificado por la pintura sobre una roca plana de una calavera. Enfrentamos a la playa del Francés para evitar los vientos de frente y finalmente entramos al lago Cruguer y nos fuimos al fondo hasta el puerto del guarda parque. Fondeamos a la entrada del río Frey y saltamos a tierra. Aliviados fisiológicamente subimos al bote y puse en marcha el motor. Verificamos que todo estaba amarinado y recogimos la cadena y el cabo de amarre, que descansaron a proa en perfecto aduje. Fui a popa, puse la marcha adelante, aceleré y no pasó nada. El bote ganado por la corriente del río se movía hacia atrás y avanzaba peligrosamente hacia las rompientes. El motor no respondía. Prestamente José Antonio dijo: "A los remos", que felizmente teníamos, y comenzamos a bogar, yo a estribor y él a babor. "Más lento" (creo que dijo una interjección), porque en mi desesperación remaba más rápido que mi compañero y desplazaba el bote al centro del río, en

donde la correntada tenía mayor velocidad que la nuestra. Finalmente fondeamos otra vez y descubrí que la chaveta de la hélice estaba rota. Reparada la falla, salimos del lago Cruger y enfilamos a Punta Brava bordeando el lago por su margen derecho. Al rato, ya muy entrada la tarde, el motor después de unos cuantos “pof, pof” y un último bramido se quedó sin nafta. Quedamos casi en medio del lago a merced del oleaje y de la noche que se nos venía encima. Después de alguna hora muy larga oímos el ronroneo de un motor y vimos una lancha que venía a buscarnos. En ese momento ambos habíamos llegado a la conclusión de nuestras falencias náuticas. Salvo el apurón de la remada, el resto del viaje fue muy agradable. La personalidad de mi compañero de aventuras es tal que en ningún momento se quejó, impartió confianza y hasta nos reímos después.

Pese a las bondades marineras de esta noble embarcación, Juan Queirolo se negó a comprar tan importante, seguro y elegante chinchorro. Mientras charlábamos sobre el tema en casa de los Queirolo, Mechita, su esposa, estrujaba, machacaba y chancaba en un memorizo almirez de mármol –de los de antes– los ajos necesarios para hacer el pesto con el que se acompañaban las pastas de su muy digna y sapiente factura.

Laboratorio

Instalado en Buenos Aires, en Suipacha 238, nuestro gerente Ricardo Jasiukiewicz escuchó mis sugerencias y recibió todo su apoyo para programar y organizar lo que de ahí en más se conoció como el “laboratorio”. OEA tenía equipos de inspección no destructiva que periódicamente se revisaban, se mantenían y se reparaba, esto último lo hacía un operador experimentado provisto por sus mandantes: Tuboscope Inc de los Estados Unidos. Su función, además, era la de visitar a los clientes acompañando a los gerentes de sucursal. Las reparaciones se hacían en los depósitos de la sucursal o en el lugar de trabajo, si así era necesario. La idea del laboratorio tomó cuerpo y su estructura sería la siguiente: un ingeniero electrónico, o dos, y un par de técnicos de la misma especialidad; una secretaria completaría el equipo. El lugar de trabajo debía ser amplio y con facilidades de almacenamiento, y una cochera que permitiera el desplazamiento de una camioneta. Muebles y bancos de trabajo completarían el inventario. En su origen, la función del laboratorio fue la de mantener todos los equipos trabajando sin interrupciones. Los casos de urgencia se debían solucionar en la sucursal. Esta idea nos permitió reemplazar al técnico de Estados Unidos. Incorporamos a Martín Rapallini, recientemente graduado en la UBA, y un par de ayudantes y ocupamos con la anuencia y recomendación de presidente de Bolland y Cía Egon Ostry de no destruir la sala del Directorio ubicado en el séptimo piso. Esto fue imposible de cumplir, los electrónicos de inmediato comenzaron a agujerear chapas de aluminio y soldar componentes. Las virtudes de aluminio impregnaron las alfombras y de los elegantes colgadores pendían alargues, algunas ropas y cuanta cosa no debía estar en el suelo. Egon recibió noticias de que algo estaba pasando en el elegante Directorio, fue a mirar y me llamó para preguntarme el plazo que necesitaba para despejar el séptimo piso.

Martín Rapallini y su equipo, además de mantener el trabajo de las sucursales sin interrupciones, proyectó y constru-



Con Eva y su nieta Megan

yó equipos transistorizados, que reemplazaron a los antiguos valvulares. Se construyó un aparato para medir el desgaste interno de la tubería de bombeo y se lo exportó a Egipto. El antiguo equipamiento empleado en la inspección de barras de bombeo se modernizó y automatizó. En fin, OEA gracias al laboratorio incursiona en campos tales como la automatización de maniobras de carga y descarga de subproductos de petróleo y muchos más. ■

Alberto Ekonen es peruano, nació en 1923 en Negritos, campamento de la IPC cerca de Talara.

En 1949 terminó sus estudios de Ingeniería de Petróleo en la Facultad de Petróleo de la Universidad Nacional de Ingeniería (UNI), Lima, Perú.

Viajó a la Argentina en 1950 con una beca de seis meses de YPF. Trabajó doce años en Compañía Ferrocarrilera de Petróleo, Comodoro Rivadavia, Chubut, y dos años en Tipsa, en la misma ciudad. Luego, durante veintidós años, trabajó en OEA-Bolland y Cía, Buenos Aires.

Fue profesor de Perforación en la Universidad San Juan Bosco de la Patagonia, Comodoro Rivadavia.

Es miembro del Club de Petróleo de Buenos Aires y socio vitalicio del IAPG.

Publicaciones

- “Cálculo de la presión de colapso de tuberías OCTG que soportan una carga axial”, trabajo aprobado en las 3^{er} Jornadas de Informática Aplicada a la Producción de Hidrocarburos, IAP, Buenos Aires, 9 al 11 de noviembre de 1994.
- “La ovalidad en las tuberías petroleras”, tesis, OCTG.
- *Granny y Grampa*, saga de los Ikonen desde Heikki Ikonen 1695 en Suomi, Finlandia, hasta Alberto Ekonen 2000, Argentina, narrativa.
- *Anecdotario petrolero argentino. 1950 a 2000*, narrativa.
- “La muy enigmática e inquietante doña Ofelia y el petróleo en Perú”, cuento novelado histórico.
- *Petróleo en Perú. 1553-2003*, cronología.
- Actualmente, escribe *Las hermanitas Anderson*, saga de los Anderson y Buist que comienza en Escocia en 1719 con Henry Buist; casi termina en Jalababab, Afganistán, pero sigue en Uruguay, Argentina y Chile.